

Una nueva forma de vida cristiana

Vida y misión compartida: religiosos y laicos

La iglesia, y de modo particular, la vida religiosa y algunos cristianos precisan recordar, como advierte el Cardenal Walter Kasper que *"la esperanza cristiana sólo es creíble si en vez de destruir utopías políticas las erige y alienta... si ofrece alternativas vividas"*. En nuestro caso la alternativa consiste en que laicos y religiosos compartan vida y misión. Este paso llevará a una nueva forma de vida consagrada. Hay clamores que lo piden, hay convicciones que motivan y orientan este significativo cambio y compromisos para hacer realidad esta nueva forma de vida consagrada.

I. Clamores de laicos y religiosos

Ha llegado el momento de dar este paso que tendrá consecuencias en el "hábitat" de muchos religiosos, en el quehacer teológico; en el lenguaje que empleemos que será más inclusivo; en la antropología que nos llevará a un distinto modo de pensar, sentir y proceder; en un modo diferente de estar en el mundo; en una identificación de las fuerzas motivadoras, movilizadoras de la experiencia mística común a laicos y religiosos; en las concretas opciones ocupacionales; en la visión de la iglesia; en el modo mismo de entender a Dios, Dios padre y madre; en la figura histórica de Jesús que se sitúa por encima de los laicos y los religiosos y se hace hermano y nos centra en lo que es común, su seguimiento; en el Espíritu, fuente de vida y de comunión y hacedor de alianzas; en la fuerza radical de Cristo resucitado que confirma toda vinculación de vida y destruye barreras y termina con la separación entre pueblos; en la radical importancia de la memoria y el testimonio de los laicos y religiosos, la que nace de la lectura orante conjunta de la palabra y que incide en sus vidas de laicos y religiosos que claman y Dios les oye.

Todo esto queda englobado bajo el título de *un nuevo paradigma* de vida consagrada marcado por el lugar teológico del laico y religioso, misioneros y creyentes. Fundar una nueva forma de vida consagrada es proclamar de manera nueva la fe y la esperanza; hasta ahí llegamos con una vida y misión compartida de religiosos y laicos. Los clamores, las voces fuertes y firmes que yo estoy oyendo últimamente vienen del Espíritu que nos da voz para gritar que:

-Hay una común vocación humana. Nos une una común vocación propia de todos los hombres y mujeres de nuestros días y que nos acerca a vivir una misma vocación cristiana. Por ello tenemos que afirmar que el camino de la realización de la persona humana no es la exclusión sino la inclusión. Nadie es auto suficiente ni debe ser auto referente, todos somos interdependientes.

-El encuentro, signo de los tiempos. Vivimos una época de extraordinaria vitalidad en relación con la comunicación y la realidad del encuentro. Hoy se nos invita a repensar la comunicación y el diario vivir en clave de interacción, participación y encuentro.

-La nueva comprensión del carisma. Este es el tercer clamor; se está comprendiendo de un modo diferente "el carisma" de las Congregaciones religiosas; *es un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo*; los carismas convocan, agrupan y se transforman en misión. En el pasado han sido muchos los Fundadores que creyeron haber recibido el carisma solo para los religiosos. Ahora está claro que se debe compartir no solo con los religiosos sino también con los laicos; se ha ido tomando conciencia de que el Instituto religioso no es el dueño exclusivo del carisma fundacional.

-Notoria disminución del número de los religiosos. A todos estos clamores hay que añadir otro más pero que no es el único ni el principal. Se ha dado una notoria disminución de fuerzas de los

institutos religiosos y en opinión de algunos justamente por haber considerado el carisma como una realidad exclusiva de la vida consagrada. Por ello, para lo que un día los religiosos hacían solos ahora precisan, sí o sí, una colaboración que lleva poco a la participación. *Los religiosos han necesitado de los laicos*. Su individualismo les ha llevado por mal camino y conducido a una pobre meta. Ello nos confirma que la vitalidad y la solidaridad van unidas.

-La eclesiología de comunión. Otro motivo destacado para dar pasos importantes en el proceso de la misión y vida compartidas es la influencia en nuestros días de la eclesiología de comunión, hecho que está generando una nueva dinámica en el interior de la Iglesia. Nos encontramos ante un nuevo “ecosistema” eclesial en el que las relaciones cambian y cambian las personas. Hace mucho bien a la Iglesia buscar lo que es nuclear en su vida, lo que nos une a todos, el tesoro común.

-Predominante rol del laicado en la Iglesia. Este clamor no viene solo de los laicos que reclaman presencia, palabra, acción en la Iglesia. De hecho se están convirtiendo en los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización. Ello nos pide a todos una nueva sensibilidad. No hay duda que la existencia de un laicado adulto y responsable lleva consigo necesariamente la exigencia de que el clero y los religiosos encuentren su verdadero lugar en la Iglesia y los laicos se sacudan de encima su pasividad, comodidad e inhibición.

-La realidad de la aparición de las familias carismáticas. Este es clamor de los Fundadores y de religiosos y laicos que han bebido del mismo pozo: el carisma. Esa agua común les hace miembros de esa nueva realidad: la familia carismática en la que el carisma es el mismo para todos y la forma de vivirlo diferente y complementaria.

-Los laicos no queremos ser solo colaboradores. Queremos ser corresponsables y prepararnos para ello y para ello completar lo que los religiosos y religiosas hacen y ofrecer nuestro modo de entender la misión y también la espiritualidad.

Bien podemos decir que emprender *este camino no es una moda sino una necesidad y una oportunidad*. Con este nuevo empeño la vida consagrada saldrá muy favorecida. Es mucho hablar de “misión compartida” y “vida compartida”. *Para algunos no hay misión compartida sin vida compartida. La vida compartida da un nuevo horizonte a la misión compartida y no son pocos los que comienzan a pensar que es condición indispensable para que la misión compartida sea posible.*

II. Convicciones

Estas convicciones nacen de una imagen. Religiosos y laicos tenemos que beber del mismo pozo: el carisma fundacional. Imagen que nos deja iluminados, motivados y orientados para hacer un camino nuevo.

-Laicos y religiosos beberán de un mismo pozo. Pozo que es manantial cuya vena nunca engaña (Isaías 58, 11). El agua que brota de este pozo se distribuye por vasos comunicantes a todos los integrantes de las familias espirituales si creen en la comunión y de ella viven y desde ella se abren a la misión. Esta imagen del agua que brota y se desparrama y fecunda el campo de la misión nos lleva a pensar en una rica experiencia de comunidad, interrelación, participación, espiritualidad, identidad, colaboración, compromiso, formación, misión común y sinergia. Estas son las palabras que más repiten quienes tienen claro el nuevo papel de la vida consagrada en relación con los laicos. De esa fuente, de ese carisma, de esa agua que nos llena de vida bebemos; nos trae novedad, es creativa y da calidad a nuestra existencia evangélica. Ese carisma tiene un dinamismo tal que promueve efectos especiales entre todos los que comparten la misión de la Familia carismática: Aglutina, diferencia, estimula, refuerza la identidad cristiana de los integrantes de la Iglesia.

-Vivir una unión sin confusión es una gran riqueza. Usaremos también una imagen para presentar esta convicción. Las Familias carismáticas están integradas por diferentes ramas o grupos de laicos y religiosos. Pero las ramas pueden estar al pie del árbol, cortadas y separadas, y no formar de hecho parte del árbol y no recibir savia de unas mismas raíces y tronco. Esto ocurre con alguna frecuencia. La unión sin confusión nos lleva a ser árbol. Oír esta palabra es evocar la necesaria sinergia que precisamos en toda familia espiritual y en la Iglesia en este momento. Esta sinergia tiene que ser mayor y nueva; se logra juntando, uniendo; con ella se multiplica la vida y la energía. Esta propuesta marca el camino que se recorre unidos sin confundirnos; cada uno –laico-religioso, aporta su originalidad. Es bueno evocar en el punto de partida que la certeza de nuestras vocaciones específicas nos inspira y hace que seamos los unos para los otros una constante fuente de riqueza. Esta complementariedad es un desafío de los religiosos para los laicos y de los laicos para los religiosos y, por supuesto, se convierte en exigencia de una comunión responsable. Ni la vida consagrada ni el laicado de manera separada van a llegar a comprender su plenitud ni a mostrar la plenitud del seguimiento de Jesús. No hay duda que el laico es el espejo en el que debe mirarse el religioso para comprenderse plenamente y a la inversa. Esto lleva a *soñar en una etapa nueva para estas relaciones*. Este momento estará marcado por la creatividad y la búsqueda; por una comunión que nace de la diversidad. Entre laicos y religiosos hay una tensión vital que se orienta a una comunión vital. Por lo mismo es decisivo:

- Identificar lo que es común entre laicos y religiosos
- Identificar lo que es diferente entre laicos y religiosos
- Reforzar y profundizar lo que es común a los laicos y religiosos
- Hacer complementario lo que es diferente entre laicos y religiosos

-Tenemos que pasar de lo vertical a la horizontal o de lo jerárquico a lo comunal. Esta maravillosa intuición viene del Concilio Vaticano II. Esta convicción también va acompañada de una imagen. Y se convierte en una gran afirmación: todos necesitamos un suelo común donde nos enraizamos y que permite, dar la adecuada base a la vida y misión compartida. Una vez más, este espíritu pide estructuras adecuadas. La savia del árbol, la espiritualidad requiere de las ramas, del tronco, de las hojas y del fruto. Nos conduce a la raíz; no nos deja en la superficie. No nos confunde. Lleva a la conversión, al cambio real de vida y fácilmente entra en el juego del dar y del recibir, del buscar y del encontrar y así acogemos, leemos y celebramos la verdadera vida. Todos los elementos que hemos ido enumerando, tanto los que nos diferencian como los que crean nexo y conexión entre laicos y religiosos son circulares y horizontales. No podemos dejar de reconocer que nuestra historia personal así se hace circular. En el centro ponemos a Jesús que es el motor de nuestro movimiento. El hace también circulares la misión, la comunión y la espiritualidad.

-Nos sitúa en un nuevo ecosistema eclesial y sociocultural. Un ecosistema es un sistema biológico formado por una comunidad de seres vivos y por el medio ambiente en el que se desarrollan. Si el ecosistema cambia hay especies que nacidas en otro ecosistema desaparecen en el nuevo y otras se resisten a desaparecer y otras surgen, brotan y florecen como nuevas. Este ecosistema postconciliar supone desmontar otro que ya no debe continuar existiendo y montar el nuevo. Vamos a usar y comentar unas imágenes ya señaladas que son muy significativas y describir su sentido:

+ *Se pasa de la pirámide al círculo* Se trata de pasar de la mesa rectangular alargada a la mesa redonda. Por supuesto en esta mesa se sientan todos y el que asume la animación de la vida de la misma es un “primus inter pares”; y se sienta como todos y no en la cabecera porque ésta no existe. En la Iglesia circular se prefiere la comunión vital y la vida circula y se intercomunica. En ella la vida consagrada se encuentra a gusto y en su lugar.

+ *Se pasa de la separación al encuentro.* No hay duda que la vida consagrada tiene una historia en la que la palabra separación, distanciamiento ha sido clave. Ser religioso suponía tomar

distancia de los laicos; desde esta perspectiva el encuentro, la compañía, la amistad podían llegar a ser hasta peligrosas. El mensaje ahora es bien distinto. “Encontrarse es todo”. El encuentro supone cercanía, presencia, interacción, diálogo, amistad, lugares comunes y empleos compartidos..

+ *Se pasa de ser destinatarios de la misión a ser responsables y animadores de la misma.* Los laicos dan un paso significativo y cambian de ser espectadores y receptores a ser responsables y animadores de la vida y la misión cristiana. Se trata de activar el laicado y por supuesto de dejarle espacio para que sea posible una animación laical. Para ello los laicos se tienen que poner en movimiento y caminar en la buena dirección y los religiosos en su debido punto.

+ *Se pasa comer las migajas al banquete verdadero.* Los laicos, en esta Iglesia pueblo de Dios, se están poniendo de pie; se están sentando a la mesa y siendo comensales a plena ley; se están juntando y juntándose con los religiosos y éstos con los laicos.

+ *Se pasa de la sumisión y obediencia a la vinculación.* Este paso es muy fuerte. Y muy necesario... Ha sido larga la historia de sumisión del laico a los religiosos y a los sacerdotes. Sumisión que con mucha frecuencia se vivió cómodamente por parte de los laicos. La voz de alerta de esta realidad se dejó oír en el Concilio Vaticano II. La vinculación cambia la relación mutua. Supone una atadura o relación establecida mediante un vínculo. Supone alianza.

III. Propuestas y compromisos para una nueva forma de vida consagrada

En las últimas décadas los Institutos religiosos se están acostumbrando a hablar de “misión compartida” y más como una evidencia que como un problema. Para que podamos hablar de misión compartida los actores tienen que estar situados en un contexto relacional y dialogal; para todos ellos esa tarea tiene que ser respuesta de una llamada a vivir un mismo carisma y así ser enviados a una misma misión.

Misión compartida

-Niveles de misión compartida. Estos varios modos están entrelazados pero no hay duda que el tercero significa más y es más que el primero y el segundo y el cuarto nos sitúa en la mejor óptica: *la coadjutoría; la colaboración; la co-participación; la compañía.* Ser compañero de misión es mucho.

-Es importante recordar quién nos convoca a la misión compartida y para qué. Nos convoca el Señor y nos envía en misión el Señor. A él seguimos y servimos todos y por encima de cualquier otra mediación por muy necesaria que sea.

-Sugerencias prácticas: La meta que tenemos por delante es ambiciosa: llegar a una adecuada explicitación de lo que supone pasar de trabajar los laicos “para” los religiosos a trabajar “con” los religiosos en una obra común. Este giro y este cambio de proposición son decisivos. Ello le supone al religioso y al laico: Saber delegar; potenciar cada vocación; complementarse en la acción.

-Cultivar la confianza recíproca. No puede faltar la confianza para que esta mutua relación que llega hasta la participación pueda darse y funcionar bien. Esta confianza no se debe dar por supuesta. No es fácil que la confianza exista y cuando existe hay que cultivarla y favorecerla.

-Mantener el espíritu del carisma. Reto importante es lograr que perviva el carisma fundacional, que ocupe un lugar frontal en las personas y en las instituciones en las que los laicos van a participar y que lo permee todo. Este aspecto es fundamental.

-Revisar y actualizar los lugares concretos de misión. Con mucha frecuencia hay una deficitaria presencia de laicos comprometidos en los diversos ámbitos de la vida pública. Los espacios en los que tradicionalmente hemos expresado la fe en la vida ordinaria se han ido reduciendo o

desapareciendo. Con todo, se acepta y reconoce la presencia de la Iglesia en la educación, la acción social, los hospitales, las cárceles, las misiones en lugares de primera evangelización o de nueva evangelización y de promoción humana. La misión educativa en obras de los religiosos no es solo de los religiosos. Los laicos están integrados, cada vez más, en la gestión y animación de los centros educativos y, por supuesto, en la labor pastoral.

-Evaluar el camino hecho y las experiencias realizadas. Este punto es importante en la búsqueda en la que estamos implicados. En general, la misión compartida está generando un cristianismo más adulto y más eclesial, más integral y más carismático y una vida religiosa más participativa, comprometida y compartida.

Vida compartida

Hablar de vida compartida es nuevo. Está comenzando a aparecer en los documentos de las Congregaciones. El lenguaje que nos permite referirnos a esta realidad es el de coparticipación, de familia evangélica o carismática y de una realidad más amplia que nace de la sinergia espiritual y comunitaria. Este aspecto está necesitado de motivación y de precisión, pero tiene mucho futuro. En el fondo nace de una profunda y repetida convicción: no hay misión compartida sin vida compartida. Ello no supone vivir bajo el mismo techo.

La vida compartida pide intensidad en el intento; exigencia y entrega. Exige, también, una cultura común y unas expresiones culturales que nacen de las mismas intuiciones carismáticas y llevan a expresiones similares. Religiosos y laicos estamos llamados a interactuar en la vida y, por supuesto, no solo en el proyecto apostólico sino en:

la vocación,
la consagración,
la comunidad,
la formación,
el descanso,
el proyecto misionero.

El símbolo que lo visibiliza es el de la mesa redonda. *“Como ramos de olivo en torno a tu mesa, Señor, así son los hijos de la Iglesia”*. En torno a la mesa se sienta uno, se reúne. Nos sentimos cerca y a veces unidos. Cuando estamos a la mesa pareciera que no tenemos prisa. La mesa hace grupo, hace comunidad. Junta vidas. Por eso llegamos a decir: “toda la mesa” se puso en pie y expresó su acuerdo unánime. Por tanto, no hay vida compartida sin comunidad. Parece que este camino que hemos comenzado es prometedor. Para recorrerlo no puede faltar el impulso interior del carisma. La vida compartida sólo la pueden tener quienes han asimilado el mismo carisma y ese carisma les envuelve y mueve; se transforma en espiritualidad, en forma de vida comunitaria, en formación conjunta. En una palabra, se convierte en fuente de vida y marca a quienes tienen vida con unas actuaciones propias de las personas movidas por el Espíritu.

Ampliar la tienda y habitarla y llenarla con el calor del amor primero

El proceso hasta llegar a una real vida y misión compartida puede ser largo. Hay que seguirlo con atención ya que puede debilitar la identidad y diluir los perfiles y exigencias de la vocación tanto de los religiosos como de los laicos. Pero la apertura de los grupos a la comunión es algo decisivo. Es importante que la comunidad, tanto de religiosos como de laicos, se abra y deje de ser un círculo cerrado y se transforme en una espiral abierta. El gran reto es conseguir que todos lleguemos a retomar la historia y encontrar encarnaciones señeras y conjuntas de ese carisma. En esa historia se

encontrará anécdota, acontecimientos, visiones, mensajes, celebraciones, inicios, mitos y creencias. Solo así rebrotará el carisma y renacerá con una vitalidad única y fresca. Así llegamos a la necesaria refundación que supondrá, entre otras medidas, una revisión de los textos constitucionales.

Una familia carismática es una parte de la Iglesia entendida como pueblo de Dios en comunión cuyas distintas vocaciones, servicios y modos de vida ni se imponen ni se superponen sino que caminan por la vida completándose para bien de todos y en el servicio del Reino. Pero ahora se está encontrando algo que bien podemos llamar una nueva estructura bajo la cual se integran y entran en comunión personas de una y otra forma de vida cristiana, agraciadas con el mismo don carismático. *Esa estructura es “la familia carismática”*: En estos últimos años, la conciencia de mutua pertenencia bajo un mismo carisma colectivo ha ido creciendo. Ahí están las familias carismáticas trinitaria, agustiniana, dominicana, marista, ursulina, lasaliana, marianista... Este acontecimiento es fuerte y está ya en parte reconocida su entidad en la exhortación *Vita consecrata*: *“el carisma de un instituto de vida consagrada puede ser compartido con los laicos”* (VC, 54).

La fidelidad creativa mantiene la dimensión carismática y evangélica de la Iglesia; esa fidelidad ahora no actúa solamente desde y al interior de un Instituto religioso sino desde los diversos grupos que componen la familia carismática. Ella nos exige:

- *Desarrollar el “somos familia”*

Como en toda familia hay padres, núcleo primario del que todo parte, y del que viene una fuerza de compenetración solidaria muy intensa; hay hijos.. En una familia carismática el núcleo estable representa el carisma oficial y lo tiene vitalmente asimilado; por sus venas corre esa sangre. Los que lo integran están intensamente identificados con el carisma.

- *El camino hacia una nueva forma de vida cristiana hecho de creatividad y de experimentación*

Ello supone hacer un camino nuevo; en él el riesgo no falta; no está del todo clara la meta y las etapas. Por lo mismo, nos podemos equivocar. Estamos buscando un nuevo paradigma; ello supone originalidad. Supone, también, dejar de hacer y de ser algo de lo que hacíamos y éramos. Nos pide nacer de nuevo. Una familia evangélica tiene que estar situada en el contexto de la vida consagrada de hoy y del laicado, de la Iglesia y de la sociedad pide nuevo espíritu y nuevas estructuras.

- *Pide fomentar una cultura común*

Un carisma que si no se hace cultura no tiene ningún futuro y no lo tiene la institución correspondiente. *Fomentar una cultura común es crear un modo de pensar, sentir y proceder cercano.*

- *Pasar por un necesario cambio de mentalidad: metanoia y conversión*

La visión de “vida y misión compartida” está implicando mucho más de lo que se sospechaba. Está llevando más allá de las barreras, divisiones y separaciones de los “estados de vida cristiana”. Requiere una apertura de mente y corazón, una auténtica “meta-noia” o cambio de mentalidad. También podemos hablar de una verdadera conversión que nos supone dejar de hablar de “mí” misión compartida.

- *Iniciar de manera adecuada el proceso hacia la Familia evangélica o carismática*

Hay que saber a dónde apuntamos para llegar a la meta. Estamos buscando más comunión de vida y de misión. Por tanto, tenemos que evitar en el proceso para llegar a esa meta las tensiones indebidas y apuntar a una expansión de comunión al servicio de la vida y de la misión eclesial. No podemos olvidar que aspiramos a ser una familia y nacida de una lectura carismática del evangelio.

- *Describir los procesos personales para la integración en una Familia evangélica*

Este proceso le toca recorrerlo a concretos religiosos y laicos. Por supuesto que tiene una doble etapa. En primer lugar se debe dar la incorporación a un grupo o rama de la familia. Esa pertenencia permite poner pie en la familia. El proceso de incorporación pasa por etapas diversas. Al recorrerlas se consigue pasar una puerta que nos deja dentro de la casa, dentro de la familia. Para ello, por supuesto, hay que haber recibido llamada para entrar y leído en frontispicio de la casa el nombre de la familia, que viene del carisma; y el apellido, que viene del grupo en el que uno se integra.

- *Aceptar una nueva formación para la colaboración y la participación*

Hay un nuevo aspecto que debe entrar en nuestros programas de formación. Necesitamos – religiosos y laicos- adquirir la competencia para la colaboración y la participación; lo cual supone más que saber trabajar en equipo. Ello nos supone pasar de ser hombres y mujeres *para los demás* a ser hombres y mujeres *con los demás*.

- *Lleva a tener un lenguaje común*

Es muy importante al crear una realidad nueva elaborar un lenguaje que nos permita “decir” y “nombrar” lo que nace; un lenguaje compartido que expresa, vincula, ahonda, comparte y transmite experiencias fundantes. Evoca raíces. Pero sobre todo nos habla de un presente prometedor. Da sentido y renueva. Describe el contexto del cambio. No es exclusivo ni excluyente pero sí propio de los que viven esa nueva realidad y nos da identidad. Viene espontáneamente a nuestros labios y nos hace sentirnos cuerpo, equipo y comunidad que sabe decirse y comunicarse.

- *Supone implicarse en las decisiones*

Hemos recibido un don, un carisma que ha de dar su fruto y para ello debemos buscar los cauces debidos. Ello solo se consigue obrando en consecuencia y tomando decisiones. Lo cual supone abrir unos campos y cerrar otros, comenzar a hacer algunas cosas y dejar otras. Esto es indispensable si queremos concretar los grandes ideales. Tenemos que aspirar a que lo que hagamos sea lo mejor que podemos hacer

- *Llegar a tener un núcleo*

El núcleo de referencia no puede faltar en la Familia carismática; así como tampoco pueden faltar los diferentes grados de pertenencia. Ese núcleo es como el corazón que envía sangre bien oxigenada al resto del cuerpo que con sencilla humildad la reciben y la hacen circular.

- *Establece estructuras de comunión y de integración*

Estas estructuras se encaminarán a fortalecer los lazos entre los integrantes de la Familia carismática y también entre los diferentes grupos que la constituyen. Tienen varias proyecciones: una hacia una mayor y mejor asimilación del carisma, pozo desde donde todo mana; otra, la mejor integración de los componentes de la Familia carismática; la tercera se encamina a fortalecer la fidelidad creativa.

Es necesaria reflexión teológica para que se puede dar este paso en la vida cristiana con tino y sabiduría. Pero se precisa, también la narración y la comunicación acertada de lo que se está viviendo. Hay necesidad de comunicarnos más sobre los caminos recorridos por grupos diversos en la Iglesia para hacer este nuevo tramo de vida de la misma. Lo que se vive hay que convertirlo en imágenes, palabras y gestos. Se precisa narrarlo y hacerlo bien. Hay camino hecho y en parte como barca en alta mar llevada por el soplo y a veces por el viento del Espíritu en medio de vertiginosas corrientes del cambio de época y de significativos cambios en la vida consagrada. En ese contexto poco a poco vamos configurando y siendo configurados en este escenario de nueva eclesialidad y nueva ciudadanía en el que se están gestando y, no sin dolor, las nuevas familias carismáticas y también el nuevo modo de vivir la vida religiosa. Las experiencias no han sido fáciles.

IV, Juntos somos más y mejores

La unión hace la fuerza para nacer y crecer a esta forma de vida consagrada que tenemos como desafío en nuestros días. Eso se consigue uniendo *vidas y uniendo fe, juntando fuerzas y pasión evangelizadora que llevarán a desplegar potencialidades*. Así se va haciendo historia común. Así la gracia fundante se convierte en pasión evangelizadora y multiplicadora de vida cristiana.

Hay que dar con el momento y el lugar en el que comienza lo nuevo. La poeta María Cine confía que, *En algún lugar*, quedará un espacio y un programa abierto a la esperanza si se encara el presente con lucidez de espíritu:

*“En algún lugar
tiene que haber un rayo de luz
que disipe las tinieblas del futuro
una esperanza que no se deje matar*

*por el desencanto
y una fe que no pierda
inmediatamente la fe en sí misma”*

Para hacer un camino, por supuesto, hay que dar el primer paso. La vida y misión compartida es primer paso para una forma de vida religiosa nueva. Corren “tiempos recios”, decía Santa Teresa, en los que se precisan “amigos fuertes de Dios” para iniciar la marcha. Esta misión es ardua, delicada la tarea y exigente el compromiso. Hay religiosos que tienen que dejar de hacer determinadas cosas y comenzar a realizar otras. Para ello se deben convertir los gritos de laicos y religiosos en clamores del Espíritu, en convicciones compartidas y compromisos de nueva forma de vida consagrada.

Es tiempo de pasar a la acción. No hay duda que si *una Congregación religiosa replantea su función y su manera de estar al interior de una familia carismática y de la Iglesia a partir de su nueva relación con los laicos este simple hecho llevará a una verdadera refundación y a una nueva forma de vida*. Ello supone importantes cambios de mentalidad y de modo de proceder. No puede ser de otra forma ya que hemos nacido para estar y trabajar “con” otros, con el pueblo de Dios. Bien podemos parangonar la frase de San Agustín y decir que *con los laicos el religioso es cristiano; para los laicos es religioso. El laico con los religiosos es cristiano y para nosotros es laico*.

El futuro sólo Dios lo sabe y está ciertamente en sus manos. Sigamos descubriéndolo y anticipándolo juntos, religiosos y laicos. En manos del Señor están nuestras vidas consagradas a la vivencia de un carisma y así podremos dar gloria al Padre y servir más y mejor a los hombres y mujeres de nuestros días. No hay duda que una mayor compañía e interacción entre laicos y religiosos llevará a hacer y ser más de lo que hacemos y somos. Juntos somos más y mejores.

